



XABIER ARZALLUZ,
UN POLÍTICO A SU PESAR



XABIER ARZALLUZ



Xabier Arzalluz recelaba de los libros de memorias, de las autobiografías y similares porque todas le parecían mentirosas. Le pidieron la suya más de una vez y se negó siempre. Lo más parecido a una rendición de cuentas de su vida personal y pública fue a mi juicio la que Javier Ortiz llamó “autobiografía oral” y publicó en 2005 en un libro de más de seiscientas páginas que tituló “Xabier Arzalluz, Así fue”: ¿así fue lo que cuenta, o así era él? Ambas cosas, porque el personaje está en la que dice, y en cómo lo dice. En su momento, andaba yo suficientemente liado en otros asuntos, hice una lectura superficial del mismo, no le di la importancia que se merecía. Ahora, cuando se me ha solicitado participar en este recordatorio coral con ocasión de los cinco años de su fallecimiento, lo he leído con detenimiento y me he encontrado con que se trata de un documento-verdad que nos libera de las trampas de la memoria, que nos facilita el mejor perfil posible, el más verdadero, el menos manipulado, el que su protagonista avaló así fuera tácitamente.

Se trata del fruto de treinta sesiones de trabajo bien documentadas, a lo largo de dos años, cuando solo al principio seguía siendo presidente del EBB. El autor lo llamó autobiografía oral, y el entrevistado pareció aceptar de buen grado su contenido: no manifestó al menos objeción alguna. También la entrevista que María Antonia Iglesias le hizo para su monumental libro “Memoria de Euskadi” aporta interesante información, pero el de Javier Ortiz es más completo, sistemático y cuidado, además de que este conocía como pocos, por oficio y militancia, los tejidos y entretelas de la política de Euskadi. Suscribo lo que Pascual Serrano, experto analista de medios, escribió tras leerlo: se trata de un “testimonio sincero, recogido con talento”. Reconocía Serrano no sentir

admiración alguna ni por el Partido Nacionalista Vasco ni por el que fue su presidente, pero encontraba razones sobradas para que esta biografía despertara su interés. En primer lugar, la seguridad de que Arzalluz había sido uno de los políticos más tergiversados por los medios de comunicación, y luego, que Javier Ortiz, lúcido, libre y honrado periodista como pocos, hubiera considerado de interés escribirla.

Imanol Murua Uria, otro periodista de fiar, hizo en su día para el diario Berria una amplia relación de los asuntos sobre los que Arzalluz se manifestaba en el libro, y resultó un largo temario en el que parecía no faltar casi nada: Lemoiz, Xiberta, la Constitución española, el GAL, la masacre de Pasaia, el Rey, Argel, González y Aznar, el Plan Ardanza, Ibarretxe, kale borroka, Egibar-Imaz... También, Garaikoetxea y sus diferencias. Pero en el libro hay mucho más, y tal vez sea lo más interesante del mismo, para conocer y entender al entrevistado; me refiero a lo que tiene que ver con los tiempos anteriores a su incorporación militante, a su infancia, a su larga formación de juventud, al descubrimiento de su condición de vasco, al descubrimiento también de quienes ni podían ni querían entender lo que eso significaba. Tiene que ver así mismo con su manera de decir las cosas, con su estilo fresco, directo y certero; con los comentarios, como sentencias, que va apostillando al hilo de lo tratado, que son a mi entender la verdadera esencia del ser y pensar de un Xabier Arzalluz que no deja indiferente a nadie. No hay nada que dé más información acerca de una persona que los juicios que emite sobre los hechos y las personas, eso que termina siendo también lo más significativo de las tertulias en los medios de comunicación: esa información que se deduce no tanto de lo valorado, como del valorador.

JOSÉ FÉLIX AZURMENDI

PERIODISTA

Una de las explicaciones para que Arzalluz resultara tan molesto y denostado a diestra y siniestra era que dijera lo que pensaba sin ambages, y muy en especial en relación a lo que pensaba sobre ETA. Molestaba que hiciera la distinción entre el grupo armado y el radicalismo abertzale, porque si bien nunca creyó que ETA desempeñara una función positiva, ni voluntaria ni involuntaria, en cambio decía creer en el papel de los abertzales radicales. Te llaman ambiguo, decía, si no propones lo que ellos proponen y si no analizas como ellos analizan, cuando no directamente te hacen cómplice del terrorismo. Denunciaba como especialmente irritante, que “toda esa gente” fuera defi-

UNA DE LAS EXPLICACIONES PARA QUE ARZALLUZ RESULTARA TAN MOLESTO Y DENOSTADO A DIESTRA Y SINIESTRA ERA QUE DIJERA LO QUE PENSABA SIN AMBAGES, Y MUY EN ESPECIAL EN RELACIÓN A LO QUE PENSABA SOBRE ETA

niendo su estrategia antiterrorista en función de sus conveniencias políticas, con la vista puesta no en el fin de la violencia, sino en la siguiente cita electoral. Tampoco estaría de acuerdo hoy, muy probablemente, con algunos de los análisis y relatos de gente de su Casa, en línea con los argumentos de la derecha españolista, con afirmaciones como que ETA nació para corromper a la juventud vasca, que nunca debió existir, etc., etc. Porque lo que él opinaba acerca de ETA es que no era solo la suma de docenas de hombres y mujeres “que van por ahí con pistolas”. Que se trata de una organización que lleva 45 años, con toda la gente que ha pasado por ella, con sus muertos y sus vivos, con sus presos, con sus exiliados, con sus familias... “Un *humus*, una cultura política. Todo lo nefasta que se quiera

según se mire, pero real, con raíces. Nada que pueda extirparse sin más, con unas cuantas operaciones policiales bien montadas”.

Y para que no quedaran dudas, quiso hacer algunas precisiones al respecto: “a veces se dice que ETA y nosotros nos diferenciamos solo en que ellos emplean la violencia y nosotros no, pero que ambos pretendemos lo mismo. Eso es inexacto. Aparte de nuestras diferencias abismales en cuanto a los métodos, no tenemos tampoco la misma concepción de lo que aspiramos a conseguir. Ellos hablan de construcción nacional, pero no describen, como podría hacerlo un arquitecto, qué es lo que están construyendo, cómo será el edificio que pretenden. Se quedan en ideas nebulosas, en abstracciones, en tanto nosotros vamos construyendo día a día todo lo que podemos y a la velocidad que podemos”. Para Arzalluz era absolutamente imprescindible saber en cada momento hasta dónde cabía llegar. “Y ETA no lo sabe. Repite una y otra vez la cantinela de sus objetivos máximos: territorialidad, soberanía. Como si fuera de ese planteamiento absoluto no hubiera verdad posible. ETA no dice qué proyecto tiene, adónde pretende que vayamos y mediante qué pasos intermedios”. Y se pretenden gudarís, reflexiona, pero los gudarís fueron los que combatieron a los sublevados contra el poder legítimamente constituido, y “Nunca pusieron bombas en sitios públicos, ni mataron niños, ni extorsionaron a nadie”. “Nuestra diferencias con ETA, insiste, abarcan muchos planos. No son circunstanciales, ni afectan solo a los métodos: ETA nació con un convencimiento mesiánico total, su gente también llegó a la política con esa misma arrogancia, y pagó un precio muy duro”.

En dos ocasiones al menos se refiere Arzalluz en el libro a José Luis Zubizarreta, ex jesuita como él, hombre de una sólida formación como él, e invitado por él, cuando residía en Madrid, a incorporarse al quehacer de la Administración vasca; asesor sobresaliente luego del Gobierno Ardanza y autor de no pocos de sus escritos y mensajes,



XABIER ARZALLUZ



fue, según testigos presenciales, el diseñador, junto a Kepa Aulestia y largos paseos en la playa de Zarautz, del que se conoció como plan (pacificador) Ardanza. Me consta que, al tiempo, Xabier Arzalluz no se felicitaba por haber contribuido a traerlo a casa. Analista político habitual de *El Correo*, le leía hace unas semanas que, en las próximas elecciones autonómicas, la cosa estaría entre “jeltzales y abertzales”, de donde parece deducirse que los jeltzales no son abertzales. No he visto que nadie protestara por ello, y tal vez termine siendo aceptado con la misma naturalidad que muchos (¿abertzales?) han terminado aceptando lo de “Euskadi y Navarra” ¿Qué es el PNV a su juicio, además de un partido nacionalista vasco, le preguntaron a Arzalluz, y él respondió que no es un partido de derechas, ni de centro, que ni siquiera es un partido: es un movimiento social. “Hay diferentes posiciones en relación a la Economía y a los asuntos sociales, pero nuestra raíz entronca con los movimientos sociales cristianos, que nacieron como respuesta al capitalismo salvaje”. No es probable que estas cuestiones de fondo vayan a tener cabida en este tiempo líquido en el que nos dicen que estamos, en este tiempo electoral en el que ya estamos inmersos. Debe ser cierto que estamos en otro ciclo.

De manera intermitente y siempre en relación con mi profesión, he tenido trato con Xabier Arzalluz desde 1979, cuando por fin accedió a recibirme, gracias a la gestión de José Mari Barrenetxea, un jeltzale histórico que había tratado en Caracas. Empezaba yo en *Egin* y él estaba embarcado en una dura pelea con la que se podría llamar la derecha de su partido, o si se prefiere, con quienes se resistían al aggiornamento que a todas luces lo necesitaba. Su promoción había venido de la mano de Juan Ajuriaguerra y, como decía el padre Olaso (Alberto Onaindia), aunque no les gustara, porque a él mismo no le gustó nada, los demás, a callar. Desconfiaba entonces de un conde de Motrico que pretendía actuar de intermediario en una negociación con ETA imaginada entre Saturrarán y Deba, y pensó equivocadamente que mi solicitud de entrevista podía tener que ver con

ello. No hubo entrevista periodística, pero sí una aproximación personal, que me sirvió luego, entre otras cosas, para valorar mejor las maniobras en su contra por parte de las tres B (Beitia, Busturia, Barandiarán), su fijación con los Eladios, bultzagiles y *ejusdem furfuris*, que diría Manuel Irujo, y la escisión que lideró Carlos Garaikoetxea. Siendo director de *Egin* me tocó transmitirle luego otros intentos negociadores más serios, a los que, salieran bien o mal -más bien mal- siempre les dio una oportunidad. Porque, como reconoció a Javier Ortíz, siempre creyó en la necesidad del diálogo y la negociación para acabar con la violencia y el terrorismo, y habló con ETA siempre que pudo.

Mientras trabajaba en *Deia* nuestra relación se hizo más habitual, pero siempre en un marco profesional. Una asamblea del Partido Popular Europeo en Atenas cuya cobertura me asignó el periódico me permitió viajar en noviembre de 1992 con el equipo del PNV que Arzalluz presidía. Recuerdo su emoción y sus magistrales explicaciones mientras sobrevolábamos Italia y nos acercábamos a Grecia, sus apelaciones a Jenofonte, Homero, La *Iliada*. Más que su destacada intervención en alemán en aquella asamblea, recuerdo la visita que compartimos todos los de la expedición -salvo el lehendakari Ardanza y su equipo, que andada por libre- al Paternón y las ruinas que

**NO ME RESISTO A NO MENCIONAR
EL RESPETO CUASI REVERENCIAL,
NO EXENTO DE TEMOR, QUE SU FIGURA
PROYECTABA, MUY A SU PESAR TAL VEZ,
ENTRE EL PERSONAL CON EL QUE
SE CRUZABA EN SABIN ETXEA**

lo rodean, y la espera en la sala VIP de Iberia de Madrid al avión que debía conducirnos a Bilbao. Entró en ella Alfonso Guerra con un acompañante.

Se saludó con Arzalluz. Hice apresuradamente la foto, pero había poca luz y quedó mal, aunque se les reconoce. En cuanto se alejó, nos dijo: “este, está ya amortizado. El avión que le debía llevar a Sevilla lo ha dejado en tierra. Hace poco todavía, le hubiera esperado”. Sus comentarios eran disparos, sentencias.

En esa asamblea de Atenas saludé a José María Aznar. Le había conocido unos días antes en una comida de campaña en Bilbao a la que fuimos invitados los que escribíamos de política en los periódicos locales: Germán Yanke, José Antonio Zarzalejos... El director adjunto de *El Correo* entonces tuvo un gran protagonismo. Se le veía en su salsa con el aspirante del PP a la presidencia de España. Le dije: “pareces su jefe de prensa”, y me respondió “no me importaría”. Aznar hizo honor ese día a su fama de frugal. Y de soso. Cuando nos tropezamos en el hotel de Atenas en el que se celebraba el Congreso, hizo honor a su magnífica memoria: me reconoció de inmediato, cuando yo apenas había intervenido en aquella comida del Ercilla en la que participé. ¡Con toda la gente que debía haberse encontrado en su campaña! Esperábamos Gorka Agirre y yo a un ascensor del que salió Aznar con su inseparable Juan José Lucas, ambos bajitos e insignificantes, difuminados en aquella marea de dignatarios, escoltas y periodistas. También de prostitutas carísimas, de origen ruso. Sí, se lo preguntamos a través de un secretario de Ardanza muy echado pa'lante, a las que hacían guardia durante horas, sin aparente clientela: les bastaba con uno para hacer el día, y la noche. Me dijo Aznar que tendría interés en verse con Arzalluz, se lo trasladé, y me contestó que él no estaba interesado. Era el tiempo en el que el líder del PP hacía méritos para entrar en aquel club que comandaban y sufragaban en buena medida los alemanes de la Democracia Cristiana. Parecía posible entonces que hubiera en él una corriente progresista, por cristiana, que no aceptara a los demócratas de última hora como Aznar. En esa corriente había estado siempre el

PNV y en ella estaba aquel expresidente italiano Francesco Cossiga que se entrevistaría luego en Milán con Arnaldo Otegi, que daría su apoyo a una solución irlandesa para Euskadi y se comprometió a obstaculizar por todos los medios la propuesta del Gobierno español para que los países de la UE incluyeran a Batasuna entre las organizaciones terroristas. Luego, Aznar ganó, otros perdieron, el PNV fue expulsado de la IDC por presiones del PP, nada más y nada menos que en la Chile en la que José Antonio Aguirre había ayudado a introducir la doctrina de la Democracia Cristiana. Con Aznar en su primer mandato de presidente, Arzalluz mantuvo con él una relación muy sorprendente, que el presidente del PNV la explicó en conversación con María Antonia Iglesias en su interés por que intentara el final de ETA por la vía de la negociación. Reconoce Arzalluz que esperaba más de Aznar y se sintió muy decepcionado. “Si el hombre me llegó a coger un cierto aprecio, porque me lo decían sus hombres, que se fiaba de mí más que de ellos, y de ahí pasó a como si le hubiera traicionado, a la persecución... una persecución tremenda. Bueno, tampoco me importa mucho. Solo me interesaban los problema de verdad y el más grande para mí era el de la negociación con ETA”.

Cuando más traté y disfruté de Arzalluz fue mientras dirigí Radio Euskadi. Se convirtió en un invitado frecuente, nunca defraudó nuestras expectativas periodísticas, siempre nos dejó perlas que luego circularon por todos los medios de comunicación, como aquella en la que, finalizando ya la entrevista y cuando le recordé no sé qué aniversario en la vida de Josep Tarradellas, dijo lo de que era un ególatra del carajo de la vela, además de que había sido uno de los que más boicotearon el Estatuto vasco. La imagen fue objeto de escándalo y de un profundo debate en todos los medios, más que sobre el Estatuto, sobre qué era en realidad el carajo de la vela, que quería decir en realidad, cómo se debería interpretar. Venía temprano a la entrevista –Almudena Cacho





debe recordarlo bien- y luego se quedaba a tomar un café con el equipo, sin prisas, sin temario político. A nadie le he oído subrayar su carácter seductor, pero lo tenía y lo sabía usar muy en su favor cuando estaba relajado y fuera de los corsés políticos.

Podría añadir docenas de anécdotas y vivencias que pude compartir con Xabier Arzalluz, pero no quiero caer en el frecuente error de hablar de lo compartido con el personaje “ad majorem gloriam” del que lo cuenta. No me resisto sin embargo a no mencionar el respeto cuasi reverencial, no exento de temor, que su figura proyectaba, muy a su pesar tal vez, entre el personal con el que se cruzaba en Sabin Etxea. No puedo menos que recordar las reuniones de fin de curso político de los periodistas de confianza con el equipo de diputados en Madrid, ni sus palabras sobre aquel eurodiputado brillante y prometedor que era Josu Jon, ni sus juicios sobre algunos cargos que le habían salido rana, aunque luego alguno se haya presentado incluso como valedor y testigo de su mensaje. A Xabier Arzalluz se le notaban en seguida los amores, y también las decepciones, y no sé si eso le beneficiaba o perjudicaba. Que yo no fuera del partido y que estuviera al margen de las intrigas inevitables que se cuecen en las organizaciones políticas –no es preciso recordar lo de que los adversarios están fuera pero los enemigos están dentro- facilitaron que nuestra relación fuera especialmente franca y abierta. En ocasiones, recuerdos de situaciones compartidas me han servido para sacar conclusiones sobre la condición humana, sobre la condición y comportamiento de los políticos profesionales. Y para nada más, no desde luego para airearlos como desahogo o ajuste de cuentas.

Esta autobiografía oral, o como se la quiera llamar, de la que me he valido para recordar a Xabier Arzalluz me parece el repaso de una vida excepcional en unas circunstancias excepcionales, de la mano de un periodista extraordinario, y tiene todo el aspecto también de tratarse de una

rendición de cuentas. Me parece que refleja cómo se ve a sí mismo el protagonista y, seguramente, cómo desearía que se le recordara. Me jubilé a los 71, dice. Tengo 72 años. Me tengo por pragmático, más británico que alemán en eso. Tengo mala memoria cronológica, pero me acuerdo perfectamente de los lugares. Tengo una memoria selectiva. Siempre he sido el mismo, solo que en cada etapa tienes que actuar de forma distinta. Tenía vocación académica, he sido un político ‘malgré moi’. No me gusta que los demás se interfieran en los espacios personales y familiares de mi vida. No mezclo política y familia: nunca he recibido en mi casa a un periodista, ni he realizado reuniones con políticos. No me he librado de insidias, me han atribuido amores disparatados y me han convertido en multimillonario; he sido víctima de embustes y maledicencias. Algunos querían mandarme a casa, que era lo que en el fondo de mi corazón lo había deseado siempre. Lo mío no fueron nunca los baños de multitudes, aunque me tocaron muchas. Uno no puede dedicarse a la política y tener la susceptibilidad a flor de piel: tengo piel de paquidermo. Lo creerán o no, pero nunca he sido ambicioso, sino idealista, con algún toque de pragmatismo. He sido siempre muy lanzado, quizá en exceso. He sido un desastre con los papeles. He estado en contra

**UNO NO PUEDE DEDICARSE
A LA POLÍTICA Y TENER
LA SUSCEPTIBILIDAD A FLOR DE PIEL:
TENGO PIEL DE PAQUIDERMÓ**

de los métodos violentos desde el principio de mi actividad política. Quienes suelen obtener réditos electorales de la paz son los contendientes, pero eso no es lo esencial: lo primero es el objetivo, la paz. Lo dice Xabier Arzalluz, lo recoge Javier Ortíz, y quienes le conocimos y tratamos no tenemos que hacer esfuerzo alguno para darlo por bueno.